

La Revolución Cubana: los años del consenso

EN 1959, FIDEL CASTRO, AL FRENTE DEL EJÉRCITO revolucionario, entra a La Habana. En Iberoamérica el entusiasmo es extraordinario, al concretarse, en mezcla vertiginosa de sueños y realidades (de sentimientos de logro y auto-engaños), el anhelo histórico: la victoria sobre el imperialismo norteamericano, en este caso la independencia de un país a noventa millas de Estados Unidos. Es amplísimo el apoyo a la Revolución Cubana, y la mayoría de los intelectuales latinoamericanos se cree a las puertas de la genuina modernidad, ya no producto del acatamiento de la tecnología sino de la mezcla de experimentación y justicia social, de libertades formales y compromiso revolucionario.

En los sesenta, van a Cuba una gran parte de los mejores escritores, artistas e intelectuales del mundo. Entre los latinoamericanos figuran Ezequiel Martínez Estrada, José Bianco, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Roberto Matta, Pablo Neruda, David Alfaro Siqueiros, Luis Cardosa y Aragón, Mario Benedetti, Gabriel García Márquez, Eduardo Galeano, José Emilio Pacheco, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Ángel Rama, David Viñas... Nunca antes un hecho político ha dispuesto de tantas resonancias culturales. Y para entenderse con lo que al principio no es en lo fundamental «turismo revolucionario», las autoridades de Cuba fundan en 1960 Casa de las Américas, destinada al diálogo con escritores, intelectuales y artistas afines a la Revolución. En julio de ese mismo año aparece *Casa de las Américas* revista dirigida por Antón Arrufat y Fausto Masó, que a lo largo de una década es el centro impulsor de lecturas, debates, tendencias, revisiones que desembocan en otro canon de la cultura latinoamericana. *Casa* difunde en gran escala a novelistas y poetas, de Juan Rulfo a Mario Vargas Llosa, de Aimé Césaire a Mario Benedetti; *Casa* informa de la necesidad de leer a Louis

Carlos Monsiváis

Althusser y Frantz Fanon; *Casa* documenta la unidad profunda de América Latina, mantenida pese a regionalismos y nacionalismos.

Los encuentros anuales del Premio Casa en La Habana y la propuesta de una lectura lo más unificada posible de la literatura, las artes plásticas y la música sobre todo, orientan la sensibilidad que es adelante de sociedades abiertas, tolerantes y críticas. El «boom» de la narrativa, inaugurado formalmente por la industria editorial española, es en última instancia la idea compartida por autores y lectores de la novela como suprema experiencia vital que va de la brillantez formal a la apertura de la conciencia. Si el libro irrefutable (la lectura obligatoria) es *Cien años de soledad*, otros autores fundamentales son Julio Cortázar (*Rayuela*, *Las armas secretas*), Mario Vargas Llosa (*La ciudad y los perros*, *Conversación en la catedral*) y Carlos Fuentes (*La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*).

A la luz del boom se ratifican clásicos súbitamente latinoamericanos, y antes sólo argentinos, cubanos, mexicanos. Se lee de forma distinta y con espíritu un tanto «místico» a Juan Rulfo (*El llano en llamas*, *Pedro Páramo*), Roberto Arlt (*Los siete locos*, *El juguete rabioso*), Adolfo Bioy Casares (*La invención de Morel*), Guimaraes Rosa (*Gran Sertón, Veredas*), Jorge Amado (*Gabriela, clavo y canela*), Juan Carlos Onetti (*Juntacadáveres*, *El astillero*), Macedonio Fernández. Y se frecuenta a narradores de primer orden que, sin el sello del boom, afianzan con rapidez su permanencia: Guillermo Cabrera Infante (*Tres tristes tigres*), José Donoso (*Coronación*, *El lugar sin límite*), Severo Sarduy (*De dónde son los cantantes*). Y tres hombres de letras son esenciales en la integración de la nueva sensibilidad: Jorge Luis Borges, Octavio Paz y José Lezama Lima. Cada uno de ellos se dirige a «comunidades de visión abierta», para usar el término de Northrop Frye. Alcanzan una minoría selecta, pero van más allá y se vuelven emblemas de sus países y de la creatividad de la lengua. (Hoy Borges es uno de los grandes orgullos y mitos latinoamericanos.) Y no hay división entre «puristas» y «comprometidos», sino entre formas de intensidad.

La década de los sesenta es el escenario del auge de la izquierda intelectual, y es una meta importantísima publicar en *Casa*, ser jurado o ganador de sus premios. Si la Revolución Cubana es recibida con júbilo casi unánime en 1959, la solidaridad se acrecienta en 1962, al ser expulsada Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). *Casa* se convierte en el centro agitado de la intelectualidad de izquierda, y su mensaje cunde y es creído: la utopía existe y su primera manifestación es Cuba. La estrategia de *Casa* es inequívoca: asumir que América Latina está dividida en pro o en contra de la Revolución, y suministrar elementos de combate intelectual. En el editorial del segundo número de la revista, como recuerda Nadia Lie en su muy útil *Transición y transacción. La revista cubana «Casa de las Américas» (1960-1976)*, el editorial combina el resumen pesimista y la promesa del milagro:

Si nos quedamos un momento a pensar lo que es América para nosotros mismos quedaremos defraudados. Es una imagen deplorable de desasosiego y desorientación. El hombre americano está, en esa imagen culpable como perdido en un

continente que es su enemigo y que no alcanza a domeñar, que no alcanza a hacer suyo. América es un continente sin rostro para muchos americanos y, por supuesto, para el resto del mundo... Pero si existe América, no es la que encontramos cada día, deshecha y superficial, sino la que en política ha demostrado que la utopía puede hacerse real.

La militancia se predica y se exige. A los intelectuales y artistas se les ofrece un destino muy alto: oponer sus obras y sus ejemplos a las devastaciones del imperialismo. A semejanza de la influencia soviética en el mundo de los años treinta, Casa de las Américas consigue adhesiones y resonancias. Se fortalece el bloqueo a Cuba, y el gobierno castrista lanza la consigna de los vínculos de los tres continentes de la pobreza: África, Asia y América Latina, la Tricontinental. En 1965, ya dirigida por Roberto Fernández Retamar, la revista proclama: «Sólo una tarea histórica nos es más hermosa que el viejo sueño bolivariano de unidad continental: el nuevo sueño de unidad tricontinental». Y en el primer (y único) Congreso Cultural de La Habana, en 1968, Fidel Castro asegura: «Los imperialistas dirán tal vez que esto es un Vietnam en el campo de la cultura; dirán que han empezado a aparecer las guerrillas entre los trabajadores intelectuales, es decir, que los intelectuales adoptan una posición cada vez más combativa».

En ese discurso, Castro arenga y elogia al punto de la adulación a los intelectuales. Son ellos los que irán adelante ante el retroceso y el miedo de «supuestas vanguardias políticas» (los partidos comunistas, por ejemplo). Y en ese tiempo, Casa de las Américas es influencia determinante en una empresa: la del conocimiento unificado de la cultura en Latinoamérica, de integrar idealmente, como nunca antes lo producido en cada uno de los países en poesía, cine, novela, teatro, pintura, música culta y popular. Sólo muy parcialmente acepta la consigna de *Casa*: «La cultura es hija de la Revolución», pero muchísimos se involucran en la empresa que anuncia: «...elaborar y difundir un pensamiento capaz de incorporar las grandes masas populares a las tareas de la revolución; crear obras que arranquen a la clase dominante el privilegio de la belleza».

Curiosa o no tan curiosamente, el ímpetu de la Revolución Cubana pospone la crítica a un sectarismo tan ostentoso. «El futuro está en marcha», se dice, y eso evita que se asuma debidamente la cerrazón creciente del régimen de Castro, la intolerancia de su «Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada» (1962), la creación en 1965 de las UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción), campos concentracionarios para homosexuales, Testigos de Jehová y «antisociales», el anti-intelectualismo rampante, las acusaciones contra los «esteticistas», la presión de la militancia que lleva en 1963 al propio Martínez Estrada a la abjuración insólita de su texto «Por una alta cultura popular y socialista cubana», que cita Nadia Lie:

(...) presenciando el espectáculo de un pueblo que está aplicando todas sus fuerzas a la construcción de una sociedad de justicia, de confraternidad y paz,

he llegado a la conclusión de que los intelectuales debemos resignarnos con buen sentido práctico a construir primero, en unión de los demás ciudadanos, los cimientos y las paredes de ese templo de mañana que comienza siendo hoy un taller, una granja, una cooperativa y una escuela, y no pensar por ahora en colocarle una cúpula y embellecerlos con pinturas y estatuas, con música y representaciones coreográficas.

Algo similar afirma el cubano Lisandro Otero: «La rebeldía es un excelente motor para la creatividad, pero no es el único. Y hay que determinar si es el más legítimo (y no el más cómodo) en una sociedad revolucionaria». Este espejismo de la entrega de la crítica a la causa, y de la modernización a cargo de la lucha armada, se mantiene hasta 1971, pese a las constancias de sectarismo y rigidez, y estalla en 1971, con el Caso Padilla.

HEBERTO PADILLA: «CONFIÉSOME CULPABLE DE MI INOCENCIA»

El caso Padilla se inicia el 20 de marzo de 1971. Se arresta en La Habana al poeta Heberto Padilla, crítico áspero del proceso de la Revolución Cubana, y ganador del premio de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) por su libro «heterodoxo» *Fuera de juego*. Un grupo de 54 intelectuales de Europa y América Latina le dirige una carta al comandante Fidel Castro notificándole su preocupación por el arresto. Entre los firmantes: Carlos Barrol, Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Julio Cortázar, Marguerite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Fuentes, Juan García Hortelano, Jaime Gil de Biedma, Juan Goytisolo, Juan Marsé, Alberto Moravia, Luigi Nono, Octavio Paz, Rossana Rosanda, Francisco Rosi, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Susan Sontag y Mario Vargas Llosa. Unos días más tarde Padilla, en la UNEAC, confiesa sus crímenes:

Yo he cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurales, realmente incalificables, y yo me siento verdaderamente ligero, verdaderamente feliz después de toda esta experiencia que he tenido, de poder reiniciar mi vida, con el espíritu con que quiero reiniciarla.

Padilla acepta ser contrarrevolucionario por sus actitudes, sus posiciones, su censura (en privado) a la Revolución. Él no se perdona: «Yo pienso que si yo quería ser un escritor revolucionario y un escritor crítico, mis opiniones privadas y las opiniones que yo pudiera tener con mis amigos tenían que tener el mismo peso moral que las opiniones que yo debía tener en público». El corte stalinista del Mea Culpa es inequívoco: «A mí me gustaría encontrar un montón de palabras agresivas que pudiera definir perfectamente mi conducta». Y de la condena de su actitud pasa a la denostación de sus poemas: «Y ese libro, *Fuera de juego*, está marcado por ese escepticismo y esa amargura. Esos poemas llevan el espíritu derrotista, y el espíritu derrotista es contrarrevolución».

Padilla se autocritica por preferir la literatura de un «enemigo irreconciliable de la revolución», Guillermo Cabrera Infante, a la de un revolucionario

probado, Lisandro Otero; se condena a sí mismo por hablar mal de la revolución delante de extranjeros «contrarrevolucionario» (el periodista K.S. Karol, el experto en cuestiones agrarias René Dumont, el poeta y ensayista Enzensberger); se humilla por la falta de lealtad al caudillo: «Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, de lo cual nunca realmente me cansaré de arrepentirme». Y arremete contra su novela «que apostrofaba continuamente contra la revolución... una novelita que afortunadamente no se publicará nunca. Además, porque yo he roto y romperé cada uno de los pedacitos que yo pueda encontrar algún día delante de mis zapatos de esa novela». Y Padilla va al límite, ve su encarcelamiento como una bendición: «Porque yo sentía que aquella cárcel no era un blasón que se podía ostentar como un sacrificio contra una tiranía, sino precisamente una cárcel moral, justa, porque sancionaba un mal contra la revolución y contra la patria», y exalta a la Seguridad del Estado:

Y por eso yo he visto cómo la Seguridad no era el organismo férreo, el organismo cerrado que mi febril imaginación muchas veces, muchísimas veces imaginó, y muchísimas veces infamó, sino un grupo de compañeros esforzadísimos, que trabajan día y noche para asegurar momentos como éste, para asegurar generosidades como ésta, comprensiones injustificables casi como ésta: que a un hombre que como yo ha combatido a la revolución, se le dé la oportunidad de que rectifique radicalmente su vida, como quiero rectificarlo.

Es inevitable suponer un desesperado tono paródico en confesión tan desbordada. En los días siguientes, Fidel Castro habla sobre el asunto. Les niega para siempre la entrada a «los intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la CIA», y redefine la política cultural de Cuba:

Y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concurritos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad. Esto está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos, no aptos para farsantes...

Las consecuencias se encadenan: Mario Vargas Llosa renuncia al Comité de Casa de las Américas, una segunda carta a Fidel Castro de 62 intelectuales ve cómo el juicio de Padilla recuerda «los momentos más sórdidos de la época del stalinismo, sus juicios prefabricados y su cacería de brujas». En marzo de 1971 Julio Cortázar defiende a ultranza al régimen castrista en un poema «Policrítica a la hora de los chacales»:

*No me excuso de nada, y sobre todo
no excuso este lenguaje,
es la hora del Chacal, de los chacales y de sus obedientes:*

*los mando todos a la reputa madre que los parió,
y digo lo que vivo y lo que siento y lo que sufro y lo que espero.*

Octavio Paz va a fondo: «...en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César». En Uruguay, Argentina, Perú, grupos de escritores de izquierda apoyan a Castro. El resumen más adecuado lo proporciona la crítica argentina Marta Traba:

El 20 de abril la revolución cubana expulsó a la mejor inteligencia latinoamericana, que había sido su constante y más fiel servidora, su propagandista y desinteresada defensora. Una vez más, una revolución socialista le ha hecho comprender ferozmente al intelectual libre que aspira a conseguir justas formas de vida para sus respectivos países (y que en la mayoría de los casos, sólo las concibe dentro del socialismo) que su presencia no sólo no es necesaria ni siquiera tolerable, sino que su propia existencia es sólo «basura».